

en casa de...



«A la ciudad sólo voy a trabajar. Aquí estoy más tranquila y, de vez en cuando, puedo ir a una cala solitaria a reflexionar»



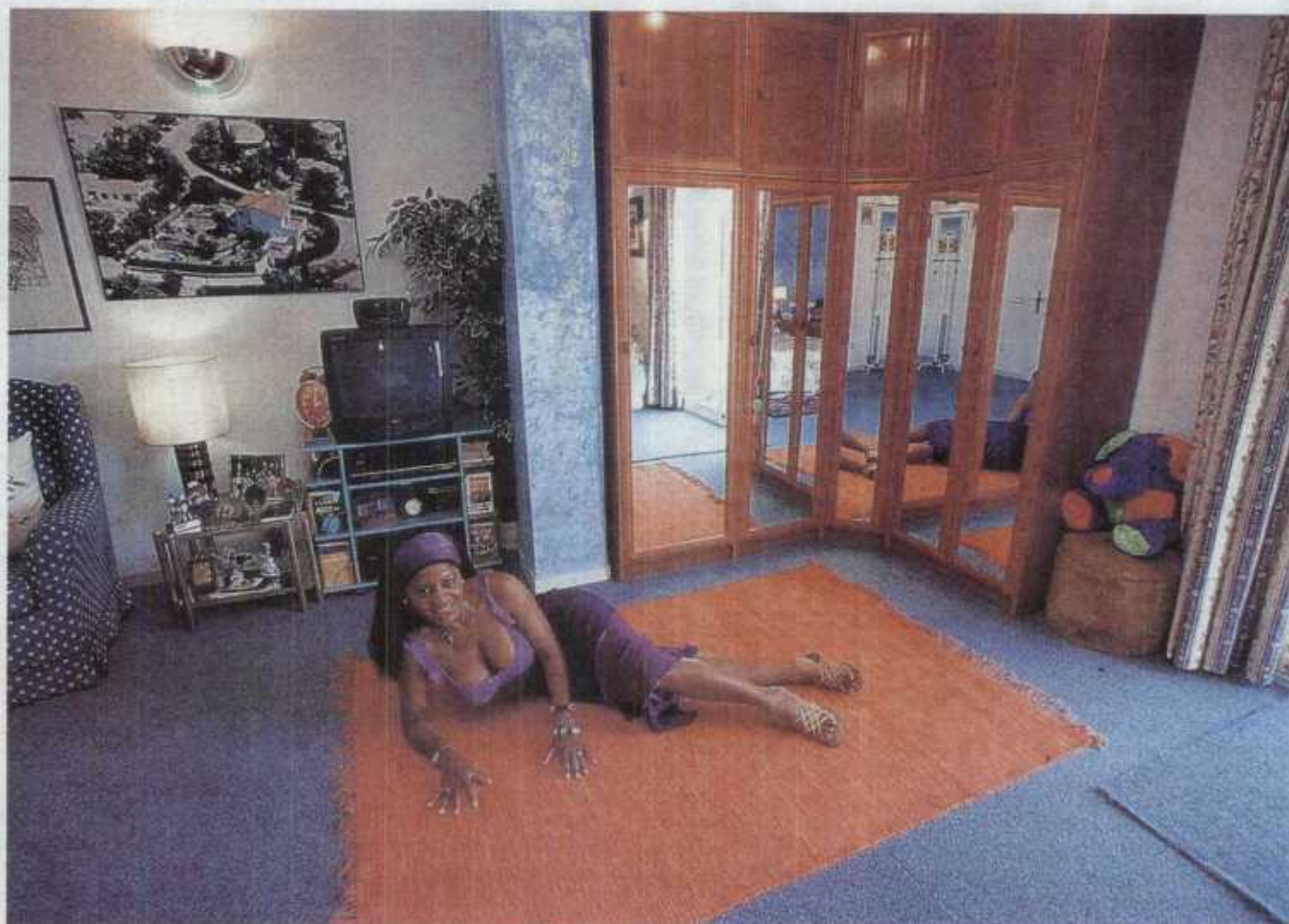
Texto: **Solange Vázquez**
Fotos: **Txetxu Berruezo**

Regina sorprende. Sin la carcasa de plumas y lentejuelas, la mujer de exuberantes curvas parece más menuda, más frágil y también más humana. Aunque al natural sus atributos son capaces de poner en ridículo a las prótesis de silicona de última generación, su delantera deja de ser la protagonista cuando despliega su encanto natural, una mezcla de melaza caribeña y educación al más clásico estilo, que anula su imagen farandulera. «El cachondeo está muy bien, pero sobre el escenario. Soy mucho más que un par de pechos. Me gustaría que me juzgasen también por lo que tengo en la cabeza, pero es difícil. La gente que viene a verme a mis espectáculos, a quienes debo todo, está más interesada en la fiesta», explica Regina, que estos días promociona su nuevo disco.

Sin embargo, en sus palabras no hay amargura ni reproche. Sabe que su imagen frívola forma parte de un personaje. Y también es consciente de que es famosa gracias a esa pose. Pero no ha perdido el norte entre los focos y las luces de neón. Cuando no trabaja, vive en un pequeño pueblo de la Costa Brava que se encuentra encastrado en la ladera de una montaña. La casa, encajada y con arcos plagados de floridas plantas trepadoras, es un refugio de hechuras mediterráneas.

Los muebles rústicos y la profusión de frondosas plantas de interior dan un toque amazónico a la vivienda, que la artista comparte con su marido y manager, el argentino Sergio Karpenkopf, y con sus dos perras gemelas, Pipa y Lúa. «A la ciudad sólo voy a trabajar. Aquí estoy más tranquila y, de vez en cuando, puedo ir a una cala solitaria y reflexionar. En esos momentos comienzo a hablar sola y en portugués y me dirijo a mi mamá, que en paz descansa», señala Regina, que conserva los restos de su progenitora en el jardín.

En realidad, la madre ocupa un lugar



Regina DO SANTOS

artista



El aseo y el jardín ofrecen la imagen del confort. Arriba, la artista posa en una de las habitaciones que articulan la casa, junto a su dormitorio y el salón.

privilegiado en el recuerdo de la cantante. Las fotos de María Elena, que así se llamaba, aparecen salpicadas entre retratos y caricaturas de la artista. Algunos de estos dibujos están firmados por su gran amigo Xabier Cugat, quien veía en la brasileña un híbrido «entre Carmen Miran-

da y Tina Turner».

Sin embargo, en la alcoba de Regina, una colorista estancia llena de peluches, todas las fotografías tienen la entrada vedada, excepto la de María Elena. «La llevo siempre en mi corazón y en mi mente -reconoce-. Soy una persona muy

familiar. Siempre le rezo. Aunque no soy demasiado devota, dirijo mis oraciones a los seres queridos que ya no están con nosotros y también a la diosa 'Iemanjá', la versión carioca de la Virgen de la Concepción».

Mientras charla en el salón, recostada sobre un sillón recubierto por una piel artificial de cebra, la artista, que se define como «una fanática del fútbol y la samba», hace carantoñas a sus perras. La estampa es idílica: ramos de rosas perfumando la estancia, muebles de mimbre que ponen el toque colonial, el canto de las cigarras que llega desde el exterior...

«La verdad es que vivo muy bien. Afortunadamente, trabajo no me falta. ¡Quién me lo iba a decir a mí cuando llegué a Barcelona! Me vine para quince días. Entonces, me dije a mí misma: 'Si en dos semanas no me gusta España, me marchó' -recuerda-. Pero luego me enamoré de la gente, del 'pa amb tomaca', de 'La Moreneta' y del 'Barça'. Y decidí que ya era hora de instalarse en un lugar...».

Y echó raíces frente a la bahía de Palamós, un lugar al que no llegan aplausos, pero donde tampoco hace falta el desparramo de cabaré ni las mutaciones profesionales.